

ESTUDIO GRAFOLOGICO SOBRE RUBEN DARIO

POR

MARIA FRANCISCA DE JAUREGUI

Al proponerme estudiar el grafismo de un personaje conocido universalmente y más aún si es casi contemporáneo, me asalta siempre la idea de que mis lectores puedan pensar que mi camino está de antemano trazado por biógrafos, críticos y aun familiares, y que nada es más fácil que seguirlo. Sin embargo, una buena parte de los escritores de figuras cimeras que he tenido ocasión de analizar, me han deparado hallazgos sorprendentes al presentármelas bajo aspectos muy alejados del tópico consagrado. Pudiera citar, entre los lejanos en el tiempo a don Fernando el Católico y a don Felipe II, y entre los actuales al doctor Marañón y a Picasso. Por cierto que respecto a los dos primeros, cuyos retratos grafológicos publiqué hace bastantes años, he tenido la satisfacción de comprobar que investigaciones históricas recientes han venido a fortalecer mi punto de vista.

Con toda sinceridad quiero confesar ahora que, como preparación a este trabajo sobre Rubén Darío, yo no traía más bagaje que la profunda huella admirativa grabada por sus poesías en mi sensibilidad adolescente y que me permite aún recitar algunas de memoria. A pesar de esto, ni un libro suyo en mi biblioteca ni la menor idea sobre su biografía. Ahora me encuentro de pronto ante una serie de escritos de Rubén en su época de plenitud y ellos hacen revivir en mí aquella lejana y extraordinaria sensación que me produjo el primer contacto con su poesía. No leo lo que dicen—siempre procuro no leer al analizar un grafismo—pero tampoco es necesario: allí están sus rasgos, los giros de su pluma que son como la representación plástica de su poesía, que tienen su mismo ritmo, su misma fuerza, su tremenda vibración vital. Vuelvo a sentirme, como entonces, sumergida en plena selva tropical, y al querer expresar lo que siento me faltan palabras—no he estado en esa selva—y en cambio acuden a mi mente otras de antiguas lecturas: las de Keyserling (1) hablando del Continente, del tercer día de la Creación, de serpientes de pieles atigradas surgiendo de turbios lagos sin fondo..., las de

(1) Conde de KEYSERLING: *Meditaciones suramericanas*.



El poeta a los treinta y un años

29
Pero cuando ahora se ~~van~~ florecen
entre las brumas
y en las gaviotas de México
de las espumas,
y ya comprendiendo mi ~~alma~~
Nada a sonar,
Dabréis que hay arriba el cielo
y abajo el mar.
Perfuma y dulcinea nota
Te amos y paz
que solo daba la gaviota
del Alcatraz.
Alcatraz, que canta el divino
y dulce ser
al que el nombre es el destino
Se va en el aire

Autógrafo de Rubén Darío, escrito a esa misma edad